

CRONICA VIVA DEL DOLOR DE ESPAÑA

ANTE EL CADAVER DE
FRANCO

He permanecido más de tres horas —las primeras de la capilla ardiente del Palacio Real— cerca de los restos mortales de Francisco Franco. Tres largas horas preñadas de emoción. He visto llorar a muchos hombres y mujeres cuando pasaban ante el féretro. He visto, conmovidos —todos lo estábamos—, a los fieles servidores del que fue Jefe del Estado español: Fuertes de Villaviciencio, Ricardo Cotoira, Sánchez Alcaide, Jaime Moreno, Ángel Oliveras, Policarpo Mestres, Menéndez, Lizaur, Recaredo, Salazar, Zurdo, Valdiviello, Balbino... Hombres de las Casas Militar y Civil, de los Servicios de Seguridad del Regimiento de la Guardia... Atrás quedan el Pazo de Meirás, La Zapateira, Ayete, el «Azor», los viajes triunfales por todas las provincias, las cacerías en tierras de la Mancha, las jornadas de pesca en Asturias, mis almuerzos como invitado del Candillo en su tienda de campaña del coto de las Mestas. Y está inerte, fría, la mano ilustre que tantas veces estreché.

Se desvanecen dos soldados que, con las armas a la funeraria, dan guardia al Generalísimo. Mandan apagar los focos grandes de la Televisión para que el calor que despiden no perjudique al cadáver. Veo a monseñor Guerra Campos y al ex ministro López Bravo con profunda consternación en sus rostros. También a Antonio Oriol, a Silva Meilán, a González Gallarza, a Miguel Primo de Rivera, a Jesús Romeo Gorria, a Garicano Gofil...

Gentes humildes, gentes del pueblo, con enorme tristeza. Sollozos y palabras entrecortadas. «¡Qué pena, Dios mío!», se oye frecuentemente decir. En las colas —interminables— hay muchas personas con ramos de flores. Otras llevan rosarios. Los altavoces difunden música sacra en torno a Palacio. Se oyen, cada cuarto de hora, las salvas de Artillería. Los relevos de la escolta de honor —representantes de los tres Ejércitos— y de los turnos de vela de las autoridades civiles se suceden cada veinte minutos. Al pie del féretro las condecoraciones, los atributos militares de Su Excelencia y unas coronas con dedicatorias entranables.

Yo, cronista de Franco durante muy largos años, tengo, como millones de españoles, atenazado el corazón. Y lloro y rezo por él, al mismo tiempo que pido al Señor por mi Patria y por quien a partir de hoy será nuestro Rey: Su Majestad Don Juan Carlos I. — JOSÉ BAJO QUEBADA.